

EL DIALOGO CON LA COMUNIDAD EUROPEA

José María de Areilza

La dinámica del proceso unificador de las naciones europeas es uno de los fenómenos políticos más salientes de nuestro siglo. Al entrar en la Comunidad Económica nos incorporamos, no solamente a una poderosa institución continental sino también a un clima determinado que se halla presente, de forma dominante en los programas de la CEE. Es necesario reconocerlo así y comprender asimismo el carácter irreversible de lo ya conseguido en ese terreno. Se tardará más o menos en lograr la Europa federativa o federadora o confederada, último objetivo del proceso pero en esa dirección marcha la política del Viejo Continente. Olvidar tal principio orientador equivaldría a perderse en un laberinto sombrío y perder el rumbo de nuestro mañana.

Los Estados soberanos actuales no van a desaparecer de pronto y en un breve plazo, pero las erizadas fronteras de la Europa que hemos conocido y que dieron lugar a tantas guerras durante los últimos dos siglos llevan camino de ser sustituidas, gradualmente, por demarcaciones administrativas en las que los odios fratricidas y las rivalidades nacionales tienden a quedar olvidados como un residuo inservible. Los nacionalismos agresivos de índole bélica no son aceptados en el contexto comunitario de nuestros días. Lo cual no quiere decir en modo alguno que exista en el movimiento europeísta y en los órganos rectores y deliberantes de la Europa de los Doce nada parecido a un intento de integración que pueda significar unificación europea forzada o impuesta.

Por vez primera en la historia de Europa se trata de llevar a cabo una gran operación política de estructura democrática realizada con el consenso de la libre voluntad de los ciudadanos. El respeto a la singularidad de cada país y a sus estructuras institucionales forma parte esencial de ese proyecto político. Y junto a ello se dibuja, cada vez con mayor relieve, la importancia del factor cultural, cuya identidad y vigor son elementos de riqueza indiscutible en la edificación comunitaria. Lengua, literatura, artes, talante popular, tradiciones seculares, historia viva, todo ello se acumula en el acervo común. En una tierra como la vasca, que rezuma contenido propio, específico, la negociación y el dialogo de esa vertiente, en el nivel comunitario, es una de las tareas prioritarias que los intelectuales de Euskalherria no deben relegar a segundo término.

Puede decirse asimismo sin exageración, que en la Comunidad a la que pertenecemos desde hace pocos meses, existe un gran número de puertas abiertas y de comisiones; de fondos de ayuda y de asistencia; de zonas de acción integrada, y de coordinaciones industriales y energéticas con innumerables perspectivas de cooperación que están esperando el contacto humano con los sectores vitales de la España de hoy, además de los vínculos oficiales de Gobierno y Parlamento. La integración no es una operación burocrática de Estados entre sí, sino también, y sobre todo, una interpenetración de profesionales, empresarios, líderes políticos y sindicales, gentes universitarias, hombres de letras y de ciencias y personalidades de muy variada índole. No hay que ir a Bruselas, Luxemburgo o Estrasburgo creyendo tropezarse allí con una altiva y lejana muralla. Lo que se encuentra uno, en la gran máquina jurídica, económica y política que funciona desde 1957, es un inmenso y complejo organismo regido y orientado por hombres y mujeres conscientes de su misión y ansiosamente interesados en conocer los problemas y las aspiraciones de los recién llegados. Ese es el campo de actividad en el que corresponde ahora jugar a los elementos rectores de la comunidad vasca, sin prejuicios y sin desdén.

A los vascos que siempre han tenido dispuesto el ánimo para entender y participar en las empresas universales les toca ahora cooperar con responsabilidad, entusiasmo y prudencia, en la tarea de culminar la construcción de Europa.